

Reseñas

PREALC, *Ajuste y deuda social: un enfoque estructural*, Santiago de Chile, 1987.

Este trabajo representa un esfuerzo por estudiar el costo social que durante los últimos cinco años han tenido que afrontar los países de América Latina como resultado de la deuda externa, y de conocer las necesidades de empleo de diversos países de la región. En las dos primeras partes del libro se analiza la crisis del empleo y lo que se denomina el “desajuste estructural”. En la segunda, se plantean las tareas futuras y algunas posibles políticas a seguir.

El título del trabajo refleja un propósito ambicioso, el cual, sin embargo, no se llega a cumplir. El análisis del empleo en diversos sectores muestra claramente que la capacidad de generación de puestos de trabajo ha sufrido una contracción como resultado de la crisis de la deuda; al no crecer la producción, tampoco lo ha hecho la demanda de mano de obra. En consecuencia, se ha incrementado la PEA en actividades comerciales y de servicios de baja productividad. Igualmente, ha aumentado también, en términos relativos y absolutos, el empleo en unidades muy pequeñas en otras actividades. Se concluye que “las empresas de mayor tamaño del sector privado disminuyeron su nivel de empleo durante el periodo”. En cuanto a los salarios, se documenta su disminución en diferentes países en el periodo 1980-1985, así como la reducción en su importancia relativa dentro del PIB.

En el libro también se analiza el llamado “grado de ajuste estructural externo”, es decir, la forma en que ha reaccionado la balanza comercial ante la crisis. El análisis se ubica en un contexto de largo plazo; se presenta la evolución de los principales renglones de la balanza comercial en el periodo 1953-1983. Se concluye que la balanza co-

mercantil mostró un deterioro tanto en productos primarios como en manufacturas, lo cual hizo necesario recurrir en mayor grado al ahorro externo a fin de lograr las tasas de crecimiento observadas. Como era de esperar, "durante el periodo 1974-1985, ...el conjunto de choques externos sólo pudo ser absorbido mediante una brusca desaceleración del crecimiento económico, cuyo ritmo descendió a 2.7% promedio anual, en comparación con el nivel del 6% logrado en el periodo anterior". Se clasifica a los países de acuerdo con el "grado de ajuste" logrado. En esencia, dicho concepto se refiere a la mayor o menor contribución de los recursos del exterior para elevar la capacidad de exportación de divisas de los países. Se considera que el caso más exitoso de "ajuste" es el de Brasil.

En cuanto al "desajuste interno", se analiza la pérdida de importancia del empleo en el sector urbano moderno dentro del empleo total, como resultado del menor dinamismo del empleo en dicho sector con posterioridad a 1973, en contraste con el periodo anterior. Aunado al crecimiento de la PEA y al proceso de migración rural-urbana, ello dio como resultado un incremento en el subempleo urbano. Se afirma que "la drástica reducción de la capacidad de absorción de empleos de los sectores modernos —en circunstancias [en] que la PEA urbana continuó creciendo a un ritmo elevado— constituye uno de los factores explicativos más importantes del considerable aumento estructural de la deuda social registrado durante el periodo mencionado [1974-1985]".

En cuanto a las tareas futuras, se señala que se debe "crecer para generar empleo, alterar la estructura ocupacional y recomponer los ingresos". Las posibles políticas, se plantea, deben considerar un "ajuste estructural" de carácter expansivo y desarrollar acciones tendientes a lograr la satisfacción de las necesidades básicas de la población.

Una virtud del libro es que documenta los efectos de la crisis, conocidos todos ellos, para la gran mayoría de los países de la región. Sin embargo, el carácter agregado de las cifras da lugar a que algunas de ellas no reflejen fielmente la realidad. Por otra parte, el uso de información de carácter agregado y para un número amplio de países da lugar a que el análisis sea demasiado general; las conclusiones que se pretende sustentar, por lo tanto, no se derivan del análisis, aun cuando se puede estar de acuerdo con algunas de ellas.

Por otra parte, este problema se observa también en el planteamiento de políticas, que constituye la última parte del libro. En ésta, se parte de la necesidad de reducir la transferencia externa de recursos y de contar con mayores créditos, a fin de iniciar un proceso de recuperación. Se plantea la posibilidad de dar a los trabajadores una participación en la propiedad de las empresas, si no es posible darles mayores salarios durante el periodo de recuperación. El nivel de generalidad de esta

idea, que en sí puede ser interesante, le resta validez, pues su aplicabilidad estaría quizá limitada a las empresas grandes, donde el problema es menor. Por otra parte, ello no considera los efectos de la carga de la deuda externa sobre la carga fiscal aplicable a los ingresos reales de los factores productivos, tanto mano de obra como capital. Tampoco considera la complejidad de negociar la instrumentación de medidas de este tipo.

En cuanto a la estructura de la producción, se propone como estrategia profundizar la sustitución de importaciones, pero en ciertas "franjas", lo cual permitiría mayor especialización, y eventualmente un mayor grado de competitividad exterior. Por otra parte, se sugiere otorgar mayor apoyo a la microempresa, crear "programas especiales de generación directa de empleo y recalificación de la mano de obra", desarrollar "políticas de fomento a 'franjas' escogidas del sector informal urbano", y ampliar los "programas sociales focalizados en necesidades básicas: nutrición, salud, educación y vivienda". A la vez, se propone la posibilidad de reducir al 50% la transferencia neta de recursos hacia el exterior, y utilizar los recursos así liberados para un "programa de emergencia social", que generaría un "choque" de demanda interna, orientado principalmente a los sectores que producen satisfactores para los grupos de menores ingresos.

Aun cuando propuestas como las señaladas pueden ser interesantes, no se plantean dentro de un esquema macroeconómico integral; de esta manera, es difícil evaluar su viabilidad. Tampoco se analiza la complejidad organizacional y la política de instrumentación de las mismas. Por otra parte, la diversidad entre los países de la región sin duda abre muchas posibilidades para avanzar hacia procesos de ajuste distintos; ello no se puede tratar en un documento tan sintético como el de referencia. Habría sido de utilidad la ubicación del análisis y de las propuestas en un contexto global; en general, no se plantean las limitaciones de uno u otras. Ello deja al lector con numerosas dudas; el alcance limitado del trabajo no permite mayor profundización.

SAÚL TREJO REYES

L.T.C. DAVIS BURNETT JR., *Bolivian Proclamation Coinage*, Latin American Press, Virginia, 1987.

Para aquellos que están interesados en los esfuerzos de las nacientes repúblicas sudamericanas para crearse una imagen de soberanía legítima que remplazara la del monarca español, la iconografía de sus monedas es de particular interés. Esto es particularmente verdadero para Bolivia, en donde la *Casa de Moneda* de Potosí continuó proporcio-

nando medios de pago durante gran parte del siglo XIX a un vasto territorio (desde Ecuador hasta Argentina y desde Perú hasta Brasil). Además de la moneda corriente, un gran número de monedas conmemorativas fue elaborada allí, las que sobresalen por su contenido iconográfico, y que también se utilizaban para las transacciones comerciales. Davis Burnett ha hecho un gran favor a historiadores y antropólogos al publicar este catálogo de "Proclamation Coinage" correspondientes al periodo 1825-1879, a pesar de que gran parte de los ejemplares eran ya conocidos por listados anteriores (véase la útil bibliografía).

Muchas imágenes sugieren comparaciones obvias con el vocabulario visual del republicanismo europeo (cornucopia, coronas, bustos de altar, Hércules y Minerva, la diosa de la Libertad con el gorro frigio, la derrota de la anarquía); otras se inspiran en el repertorio colonial (el *Sol*, los ángeles tocando trompetas); y otras demuestran la preocupación por introducir elementos nativos de identidad nacional (llamas, cóndores, las montañas de Potosí y el Illimani, indígenas con coronas emplumadas). Podrían parecer motivos estereotipados; sin embargo, si se leen junto al trabajo de Maurice Agulhon sobre el simbolismo republicano francés, o con el estudio de Teresa Gisbert sobre la iconografía andina, o con el tratamiento sobresaliente que realiza Ernst Kantorowicz acerca de los conceptos medievales de soberanía, aparece claramente la complejidad del mensaje iconográfico.

Por ejemplo, la ausencia del Sol en la iconografía republicana francesa antes de 1848 se puede atribuir, según Agulhon, a su resonancia monárquica ("le roi soleil"); es sólo en 1848 que las susceptibilidades de la Primera República pasaron a formar parte de la historia y entonces reaparece la imagen en una nueva *persona*, la del Sol de la Ilustración. No obstante, en Sudamérica el Sol aparece en las monedas acuñadas por la Junta Revolucionaria de Buenos Aires en 1810 y recurre constantemente en Bolivia desde 1825 en adelante. ¿Fue el océano Atlántico una división tan grande que hizo menos urgente la demarcación de una *ruptura simbólica*? ¿Había mayor necesidad de soldar las fuentes de legitimidad monárquica a un aparato estatal establecido desde arriba? ¿O una creencia más apasionada de los criollos en la promesa fulgurante de la Ilustración? La respuesta puede variar de una situación política a otra. Se puede pensar también en los determinantes culturales de distinta índole que entran en la interpretación de lo que cada propietario cree tener en sus manos: las resonancias del culto incaico al Sol pueden o no haber sido considerados por los que diseñaron las monedas (los cuales no son identificados por Burnett en su comentario), pero para la población andina ellos eran evidentes.

La importancia de las monedas como portadoras de la propaganda estatal era mayor en Bolivia que en Francia. Esto no se debe sólo

al *status* simbólico de Potosí y a sus legendarios flujos de plata. Agulhon da gran relieve a los monumentos públicos y estatuas en el contexto de una civilización predominantemente urbana. En Bolivia, la mayoría rural haría contacto con el aparato estatal ocasionalmente por medio de sus representantes locales (recordemos la magnificencia dorada de los recolectores de impuestos de Belzú, los *colectores*, que tenían —precisamente— una medalla colgada de un collar de oro alrededor de sus cuellos); pero el contacto más frecuente y directo tendría lugar en las transacciones comerciales cotidianas, cuando los emblemas de la prosperidad y de la Nueva Edad, patrocinados por el Estado, pasaban de mano en mano.

Ausente del librito de Burnett están los detalles acerca del contenido de plata y el valor nominal de cada medalla: algunas de ellas, ¿servían como morralla en el mercado interno junto a la célebre *plata feble* de 8 *dineros*? ¿Eran otros considerados como oro no acuñado para la exportación, como las denominaciones más altas de *plata fuerte*? Tampoco se proporcionan detalles sobre las cantidades que fueron acuñadas, haciendo poco claro la medida en que su presencia hará necesaria una modificación de las estimaciones de los valores que entraban en circulación cada año (que, hasta ahora, se basan sólo en las monedas corrientes). ¿Y cómo entraban en circulación exactamente? Sabemos que en algunos casos las medallas conmemorativas encargadas a los mineros potosinos se tiraban al pueblo con una *largesse* paternalista en ocasiones públicas. Su presencia decorativa, con hoyos, en las franjas de las bolsas tejidas andinas, sugiere además su retiro de la circulación en algunas coyunturas monetarias y su transformación en amuletos que supuestamente atraerían la riqueza, por parte de la población indígena (un proceso que también ocurre con algunas monedas corrientes)...

Un índice de los temas simbólicos habría sido un complemento útil (el glosario está circunscrito a las palabras que aparecen en las monedas). Existen errores, como la ausencia de Córdoba (1855-56) en la lista de presidentes; y la referencia de MYB (Manuel Ysidoro Belzú) como MTB... Sin embargo, el catálogo ofrece un contacto directo con una de las fuentes más sobresalientes del estudio del pensamiento estatal inicial en Bolivia acerca de los problemas de la transición hacia la legitimidad republicana. Nos recuerda nuevamente (como los numismáticos siempre han sabido) que las monedas son depositarias, no sólo de un valor mercantil, sino también de un valor simbólico.

TRISTÁN PLATT

(Traducción de Francisco Zapata).

S. RICHARDS, *Filosofía y sociología de la ciencia*, Siglo XXI Editores, México, 1987.

El propósito de Richards es loable: vincular la epistemología de la ciencia con sus aspectos sociales. Lo alcanza parcialmente, pues el tema posee una pluralidad de categorías y variables incompresible en un escueto volumen. Sin embargo, su ensayo es meritorio porque dispensa al lector una pista, un lugar de arranque, para futuras exploraciones. En cuanto texto limitado pero sugerente, la obra de Richards cristaliza un cometido de suma importancia en la fundamentación trans e interdisciplinaria de las especialidades científicas, al tiempo que ofrece una revista luminosa de las interacciones entre ciencia y sociedad.

El escrito consta de dos parcelas. La primera aborda los métodos de la ciencia, proponiendo, entre otros asuntos, una crítica profunda del inductivismo y un cotejo esclarecedor entre las aproximaciones de Kuhn, Lakatos y Feyerabend. La segunda toca las aristas cuantitativas y cualitativas de la ciencia, su crecimiento exponencial, los nexos con la industria, y las tensiones entre ética y religión, por un lado, y ciencia, por el otro. La bibliografía que el autor registra al final constituye una excelente orientación.

Richards reacciona, con su libro, a un fenómeno propagado: el especialista lee cada vez menos (cuando lee) en torno a su disciplina; se concentra en ella con terquedad monogámica. El autor desea romper este esquema, primero, porque empobrece culturalmente, y después, porque le nubla la visión de las premisas epistemológicas en las que descansa su presunto saber. Sin algún género de desborde intelectual, el especialista envejece prematuramente; peor todavía, se convierte en un *reaccionario estructural* de la ciencia, pues le irrita que ésta avance como estampida irrefrenable y él apenas mueve las alas. Para atenuar esta actitud malsana del científico —que puede ser excelente en su tiempo—, Richards trata de dilucidar algunos fundamentos del método científico.

Empieza con las ventajas de creer en la existencia de un mundo exterior. *Creencia*, dice; pues Platón y Berkeley han demostrado que la "realidad" es una invención, una fantasía consoladora de los mortales. Y como añadidura: también los psicólogos clínicos insisten en la realidad de lo imaginado y en el engaño de lo real. Todo lo cual se resume en el principio de Thomas: la realidad *es* lo que definimos como tal.

Richards elude estas sutilezas metafísicas, y postula que la realidad externa existe y que está sujeta a leyes de ordinario inductivas (p. 19). Pero de inmediato matiza: el propósito de la ciencia no es la búsqueda de la verdad absoluta; procede *como si* existiera. La filosofía

del *como si* lo acompaña en todo su análisis, y es piedra fundamental de su arquitectura epistemológica.

Continúa con el difícil examen de las teorías científicas. Postula que éstas *predicen* nuevas leyes, y hasta datos, de lo cual se infiere: a) la inevitabilidad metafísica de las teorías; b) los límites del método inductivo ortodoxo. La teoría le puede ganar (y ganarse) realidad. El asunto es complejo pues no existe un isomorfismo perfecto entre teoría y familia de datos, es decir, no sabemos si existe o no —y cuán inteligible es— la correspondencia entre concepto y realidad. De nuevo: debe auxiliarnos el *como si* hubiera conexión (p. 23).

Richards dedica un amplio lugar a la lógica de las ciencias. Elección justificada. Muchos descubrimientos han emanado —y supuesto— saltos de la lógica, desde Aristóteles a Gödel. Sin ella, todo aparato deductivo se desgarraría, y la propia inducción lleva a falacias. Más aún, una lógica rigurosa pone en duda a la casualidad como se verificó en el pasado: podría cambiar en cualquier otro tiempo (p. 35). De aquí que la “objetividad” científica tenga límites no sólo sociales (el contexto histórico, etc.) sino gnoseológicos (p. 41): habría una relatividad intrínseca en el razonamiento científico. Causa de entusiasmo y de pos-
tración.

Este autor británico pasa corta revista a todas las filosofías de la ciencia, desde los clásicos a Lakatos. Le consagra deferente atención a J. Stuart Mill (1806-1873), quien formuló los dos cánones básicos de la inducción: la concordancia y la diferencia (p. 61). Estos principios tienen apreciable valor en la sana construcción de hipótesis; al mismo tiempo, ponen límites al inductivismo pues el número de datos empíricos posibles *siempre* sobrepuja a la ley que pretende organizarlos y explicarlos. En esta tensión perpetua entre concepto y realidad reside la dinámica ascendente y propia de la ciencia. Karl Popper complicó las cosas con el principio de falsabilidad, que convierte a la ciencia en búsqueda ordenada de errores.

La proposición científica es siempre efímera, y debemos presentarla con claridad para *falsarla* con mayor prontitud... (p. 68) El razonamiento popperiano fue así una amenaza epistemológica no sólo para ciencias pretendidas (psicoanálisis, marxismo) sino para ciencias tenidas por sólidas. Falsar una teoría es cruel y frustrante, pero no hay otra ruta para progresar en la ciencia (p. 70).

Richards examina desde luego a Kuhn. No dice nada original, salvo la “conversión religiosa” que experimenta el proponente de un nuevo paradigma y que la ciencia no evoluciona hacia ninguna parte (p. 81). Así, Kuhn rebaja la teleología no sólo del método científico sino de la vocación científica que se endilga “misiones” o propósitos “transcendentes”. En suma: la casualidad flaquea no sólo porque no nos sirve en el futuro y no sólo porque está históricamente condicionada; los

fenómenos son un "todo organizado" que entraña, además de vínculos causales, interacciones activas con la estabilidad interna (homeostasis) y con las perturbaciones del entorno (p. 95).

Al referirse a los capítulos "ciencia y sociedad", Richards examina la índole del crecimiento exponencial de la ciencia, que plantea no sólo la pregunta "quién es científico" (p. 115) sino "hasta cuándo se es científico". Ciertamente, esta evolución depende de la vitalidad interna de la ciencia y del benevolente estímulo del ambiente. Muy pocos países han descubierto fórmulas para reconciliar estas variables, como lo demuestra la alta concentración del conocimiento científico. El autor enriquece el análisis sociológico examinando a las élites científicas y a las pautas de productividad (p. 119). En este contexto pone en duda el valor presente de la comunicación científica escrita; la ciencia avanzaría hoy mediante interacciones orales (p. 120).

Después de repasar conceptos difundidos sobre el *ethos* de la ciencia, los sistemas de control y de innovación, Richards se detiene en el maridaje ciencia-industria. Es más accidentado de lo que se piensa, y la cópula en ningún caso es coincidente (p. 133). La tecnología moderna está *relacionada* con la ciencia, mas no se funda en ella. Es un maridaje muy abierto: admite múltiples amantes y estímulos.

Al final del escrito, Richards trivializa su nivel de análisis. Toca asuntos, como la ética y la religión en la ciencia, que indudablemente evaden su competencia como zoólogo. Son asuntos mayores, que se avienen a un estudioso de las culturas o a un conocedor de las capas ambivalentes de los vericuetos clandestinos del alma humana. Richards carece de estas prendas. Y sin embargo, la lectura de este libro no puede diferirse. Ilumina, confunde creativamente, cuestiona convencionalismos, y presenta una defensa, sin pretensiones infladas, de la epistemología de todo quehacer científico.

JOSEPH HODARA